

“ELLOS HABLAN DIALECTO, PERO EN ESPAÑOL”: EXPERIENCIAS DE CAMPO EN BÚSQUEDA DEL HUETAR

Miguel Ángel Quesada Pacheco

Resumen

En este artículo se relata cómo, no conforme con la suposición de que la lengua huetar había desaparecido totalmente, el investigador realiza viajes al territorio huetar de Quitirrisí y a otras regiones con el fin de intentar documentar vestigios de este idioma. De esta manera, se narran las diferentes experiencias con las personas de dichas comunidades, desde memorables hasta desafortunadas.

Palabras clave: lengua huetar, metodología de trabajo de campo, investigación documental, experiencias de campo.

Abstract

This article tells how, do not agree with the assumption that the Huetar language had completely disappeared, the researcher makes trips to the Huetar Territory of Quitirrisí and other regions in order to try to document traces of this language. Thus, different experiences with the people of these communities are recounted, some memorable and some unfortunate.

Key words: Huetar language, fieldwork methodology, documentary research, field experiences.

1. Entre la realidad y la fantasía

“Ellos hablan dialecto, pero en español” fue la primera reacción de una indígena boruca cuando llegó por primera vez a Quitirrisí, territorio indígena huetar en el cantón de Mora (provincia de San José), y oyó a la gente hablar. Pensaba que al menos oiría a los mayores expresarse en lengua huetar, como entonces sucedía en el territorio de los borucas; sin embargo, el habla que salía por la boca de los más ancianos de la comunidad era simplemente lengua española, teñida de resabios que remitían a un español costarricense rural.

Universidad de Bergen (Noruega)

<miguel.pacheco@uib.no>

Recepción: 21/1/2016- Aceptación: 18/3/2016

La realidad se cumplía en el territorio indígena de Quitirrisí: los huetares no conservaban su lengua ancestral. De hecho, algunos investigadores, comenzando por el antropólogo y lingüista alemán Walter Lehmann (1908, 1920), desde inicios del siglo XX se dedicaron a recorrer poblados donde se asentaban otrora los huetares, particularmente en la provincia de Cartago: Cot, Quircot, Tobosi, y otros, con la esperanza de escuchar al menos a alguna persona de edad avanzada hablar en huetar, la antigua lengua general del territorio conocido en la actualidad como Costa Rica. Pero nadie alcanzó la meta. La extinción de la lengua huetar era un hecho.

Para comprobar estas conclusiones, o más bien para detectar qué quedaba de la lengua huetar, fui una vez con un colega de trabajo a la comunidad de Quitirrisí. Era a inicios de la década de 1990. Pronto nos pusimos en contacto con una persona influyente de la comunidad, una especie de autodenominado *ybux*, para emplear la palabra huetar correspondiente a 'cacique' o 'persona importante'. Este *ybux* se mostró muy complacido por nuestra visita, y pronto empezó a decir, con la autoridad que emanaba de su férreo deseo de reivindicar su antigua cultura, que la palabra *Irazú*, si bien era huetar, no era así, sino *Urusú*, y que tenía relación con la luna, pero que también con el lagarto, porque en huetar tanto luna como lagarto se decían *urú*. También nos dijo que el lugar *Cot* no se llamaba así en huetar, sino que era *Jot* (o *Hot*), y que esta palabra significaba 'sacerdote'.

Tras escuchar varias historias similares, decidimos emprender la marcha de regreso a la capital, y en el trascurso del viaje mi colega se mostró bastante indignado por las evidentes manifestaciones de ausencia de cientificidad de los datos dados por el *ybux*. Era obvio que no quiso volver a la comunidad huetar. Pero yo no me di por vencido y continué las visitas.

2. Las primeras visitas en territorio huetar

Pronto me armé de un cuestionario para la recolección de datos. Había que tomar en cuenta que en muchas familias de evidente origen indígena no existía el concepto de indígena¹. Por lo tanto, no podía llegar preguntando si eran indígenas, o huetares, nombre que, en realidad, solamente se registra como activo en los documentos del siglo XVI².

Entre 1990 y 2005 realicé reiteradas visitas a varias comunidades de origen huetar³. Comencé en el cantón de Mora, concretamente en Quitirrisí; luego, por recomendación de don Juan Sánchez, quien también fuera director de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas (CONAI), fui a la comunidad de Zapatón, cantón de Puriscal, donde visité la familia del finado Jesús Hernández y donde fui recibido con mucha gentileza y cariño.

Con un hijo de don Jesús, fui a San Gerardo de Parrita, en la provincia de Puntarenas, donde había familiares de ellos.

En otra ocasión fui a Cerro Nene de Aguirre, en la provincia de Puntarenas, donde visité la familia Sánchez Ferreto, y sin conocerme, fui muy bienvenido. Por contacto con esta familia, pude visitar a otros familiares de ellos en poblados del cantón de Puriscal, como Polca y la ribera del río Quivel, donde visité a don Bernabé Sánchez y a su hermana, doña Pastora Sánchez.

Después, visité el cantón de Acosta, y estuve en aldeas como Bajo Cárdenas, El Plomo, Bajo de Las Limas, y otras.

En la provincia de Heredia fui a Barva, antiguo poblado de probada ascendencia huetar, y a San José de la Montaña, donde según mi intuición podría quedar algo de la cultura ancestral.

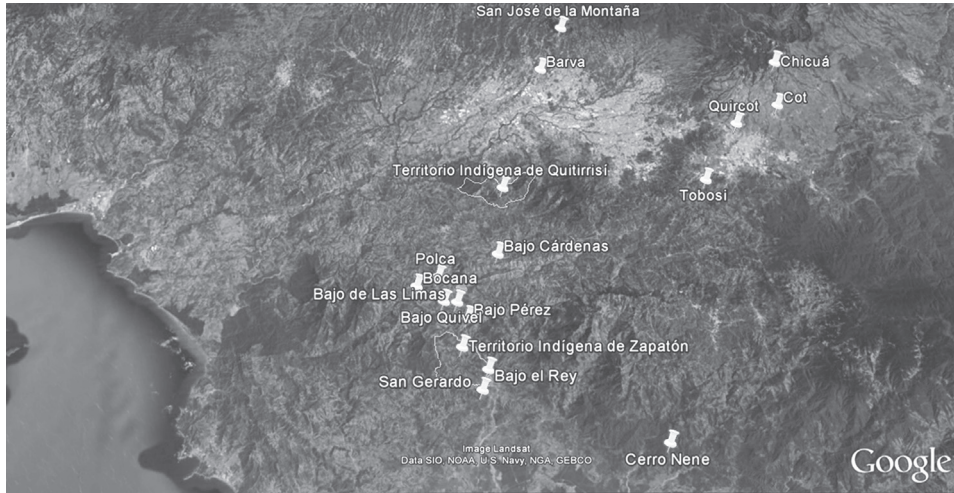
Tampoco dejé de visitar, en la provincia de Cartago, los clásicos poblados de Cot, Quircot y Tobosi, de reconocida ascendencia huetar (cacicazgo del Guarco), además de San Juan de Chicué, hacia el volcán Irazú.

La última visita realizada a familias de origen huetar se realizó durante la Semana Santa de 2013, cuando visité la comunidad de Bajo del Plomo, en el mencionado cantón de Acosta.

**El autor en su última gira por territorios huetares
(sur de la provincia de San José, Semana Santa de 2013)**



Quedaron por fuera Orosi y Tucurrique, en la provincia de Cartago, los cuales, habiendo sido huetares en el siglo XVI, con el tiempo se repoblaron de cabécares (mapa 1). En consecuencia, cualquier dato recopilado allí podría haber falseado la investigación.

Mapa 1. Comunidades recorridas

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos 2011; Google Earth 2014

Diseño: José Fabier Mena Mena

3. Métodos de trabajo

Antes de tirarme a las andanzas en busca del material vivo, me fui a los archivos y a los libros de historia para ver el material muerto, fosilizado. Allí revisé toda la documentación posible referente a nombres huetares, o de muy probable ascendencia huetar: antropónimos, topónimos, orónimos, hidrónimos. Ante todo reuní los antropónimos y topónimos del siglo XVI, más algunas palabras que las crónicas coloniales documentaban fehacientemente como de origen huetar, y los copié tal como estaban. Allí hice un recuento de las grafías empleadas por los cronistas o amanuenses para la transcripción de nombres huetares (ver anexo 1) y formé una especie de “cuadro fonético” de lo que pudo ser la lengua huetar (ver anexo 2). Este cuadro gráfico-fonético me fue de enorme ayuda a la hora de cribar las palabras que me daban los consultores o informantes y establecer su origen o afiliación como patrimonio lingüístico huetar.

Por supuesto, tampoco estuvo de menos echar un vistazo a los documentos donde podría estar enterrado el catecismo huetar que redactó fray Agustín de Cevallos en 1607, según cuenta un testigo suyo: “Hizo el arte para confesar y doctrinar a los indios de esta provincia en lengua guetar” (Archivo General de Indias: Guatemala 181), y que supuestamente quisiera poner a funcionar el gobernador Diego del Cubillo, por 1617, el cual escribió al Rey diciendo: “Asimismo me obligo a que dentro de los cinco años pondré el catecismo y doctrina cristiana en la lengua materna y general de aquella provincia que llaman guetar.” (Archivo General de Indias: Guatemala 64). Tal como se sabe, no se tiene noticia del paradero de este catecismo, razón por la cual había que

aprovechar la oportunidad para repasar cuanto legajo de los archivos del país hubiera. Siguiendo esta tónica, se revisaron muchos documentos del Archivo Nacional y los del Archivo Eclesiástico de la Curia Metropolitana, y lo único que llegué a comprobar fue que allí no estaba. No contento con el resultado, en 1990 aproveché una beca de investigación otorgada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, entre otras metas para averiguar el paradero de este catecismo, pero en lo que pude revisar del Archivo de Indias, situado en Sevilla, y del Archivo de Palacio, en Madrid, nada se consiguió⁴. De manera que, por de pronto, hubo que atenerse a la manera como escribían los nombres de los huetares para tener un conocimiento más o menos acertado y relativo de lo que podía haber sido la fonética de la lengua huetar.

En relación con el trabajo de campo, lo que hice fue preguntar a la gente qué tipo de plantas conocían y cómo las llamaban (árboles, arbustos, plantas ornamentales, etc.), así como de animales (mamíferos, insectos, batracios, aves, peces, etc.). Luego pasé a tradiciones culinarias, artesanía, costumbres de todo tipo y por último, cuando ya se establecía una relativa confianza, pasaba a grabar leyendas, cuentos, tradiciones, costumbres y más. Todo lo que me dijeran los consultores era bienvenido; nada, absolutamente nada, quedaba por fuera.

Respecto del léxico, apliqué un filtro bajo varios criterios para la identificación relativamente acertada de lo que podría ser de origen huetar, de manera que, para catalogarse la palabra como tal, debía incondicionalmente reunir los siguientes criterios y requisitos:

1. Criterio geográfico: No estar registrada en ninguno de los diccionarios a mano consultados, ni como palabra general de la lengua española, ni como americanismo, ni como procedente de otro país que no fuera Costa Rica; y en este caso, preferiblemente oriunda del Valle Central o de los territorios donde otrora habitaron los huetares.
2. Criterio fonético: Estar en completa coherencia con lo que se conoce de la estructura fonética huetar (como queda ilustrado en los cuadros 1 y 2).
3. Criterio etnolingüístico: Pertenecer a un campo léxico-semántico que tuviera relación con el mundo, cultura y cosmovisión propios de los huetares.
4. Criterio cognitivo: haber sido dicha por una persona idónea de la comunidad, con experiencia en el campo, y que ojalá no hubiera tenido mucho contacto con el mundo académico, lo cual podría entorpecer o mediatizar los datos.
5. Criterio histórico-comparativo: En algunos casos⁵ se pueden aplicar las reglas de la sistematicidad y la correspondencia entre idiomas emparentados, al comparar un étimo o estructura de probable origen huetar con su equivalente o cognado en las lenguas del área (guatuso, rama, pech, bribri, cabécar, boruca, térraba, guaymí, etc.); este criterio nos puede ser de gran utilidad para comprobar si la palabra en cuestión es de origen huetar.

En cualquier caso, había que tener presente que, en la reconstrucción de la identidad huetar de hoy en día, podían surgir y mediar asuntos románticos y nostálgicos que llevaran a una autodefinición de la huetaridad compuesta por elementos fantasiosos, románticos, o a veces quizás calcados de otras comunidades indígenas no huetares, que con mucha facilidad pudieran falsear los datos recopilados. Por ejemplo, en cierta ocasión vi un libreto cultural donde ponían a unos niños huetares vestidos con sus atuendos típicos (Ramírez 1996: 24). De acuerdo con la fotografía, estos niños salían vestidos con cáscaras del tronco de las musáceas. En primer lugar, que se sepa, las musáceas no son originarias del continente americano⁶; en segundo lugar, los huetares tenían telas de algodón, las cuales, según los cronistas, eran de gran calidad (cfr. Vázquez de Coronado 1964: 14; Quesada Pacheco 1996: 49-50). En consecuencia, si a alguien se le ocurrió haber vestido a los niños así, lo hizo sin ningún fundamento histórico ni etnográfico⁷.

En este sentido, se tuvo muchísima cautela, de modo que cuanto menos contacto con el mundo académico o externo tuvieran los informantes, tanto mayor la probabilidad de que los datos fueran auténticos y fidedignos.

4. Experiencias de campo

Visitar todas estas comunidades, particularmente las pertenecientes a los cantones de Puriscal, Acosta y Aguirre, fue toda una vivencia. Darme cuenta de que en el mismo Quitirrisí, a solo 45 minutos en autobús de la capital, había viviendas y costumbres que bien recordaban las que practican muchas otras etnias indígenas, fue un verdadero momento revelador de que no todo estaba perdido. Y los cuestionarios que apliqué entre los habitantes de dichas comunidades poco a poco me fueron dando la razón.

Pero no todo fue cantar y cantar. Hubo momentos devastadores. Cuando fui por los poblados de Cot, no hubo persona que quisiera colaborar; reinaba entre las personas que visité una especie de apatía revuelta con desconfianza, de modo que está la incógnita de si ya no queda nada o si algo se podría rescatar.

También algo sucedió en Zapatón de Puriscal, con consecuencias políticas. Cuando fui por segunda vez a esta comunidad, don Jesús Hernández me advirtió del problema que se había suscitado en el poblado debido a mi visita, particularmente de parte de los no indígenas; estos temían que yo fuera un representante de alguna institución gubernamental que iba allí para reivindicar los derechos de los indígenas, o algo similar. De hecho, una vez, estando en un cruce de caminos esperando, pasó un **señor** no indígena y me preguntó qué andaba haciendo por esos rumbos. Yo le dije la razón, la cual estoy seguro de que no se la creyó. El asunto era que en Zapatón había una división de corte étnico, de modo que los no indígenas tenían el mando y señorío del poblado, en detrimento de los indígenas, los cuales ni siquiera en la Junta del pueblo

estaban representados. De ahí el temor. Cuando me despedí de don Jesús, de vuelta para la capital, me dijo: "Ya sabe lo que le dije." A lo cual le respondí: "Don Jesús, no se preocupe, que yo no volveré a su casa. Pero yo soy un hombre libre en un país libre, y la calle es libre; la próxima vez traeré un saco de dormir y una tienda de campaña y me tiro a la orilla del camino o en la explanada de la escuela." A lo cual replicó: "Ah, no, no se preocupe, que usted es bienvenido en nuestra casa." Y le tomé la palabra para las visitas subsiguientes. A raíz de esta comunicación, pedí a don Adolfo Constenla, quien funcionaba en ese momento como director del Departamento de Lingüística de la Universidad de Costa Rica, que me extendiera una constancia de que yo era funcionario de dicha universidad y de que estaba de visita por la comunidad de Zapatón para recoger datos de la cultura ancestral. Con dos o tres ejemplares de esta carta, me fui y las pegué en las pulperías del lugar. Nunca más volví a oír comentarios en contra de mis visitas a la comunidad.

Pero también hubo momentos maravillosos, algunos de los cuales paso a relatar. Como se pudo notar en líneas anteriores, visitar una comunidad o una familia resultaba una cadena de ideas para visitas a otras familias, a otras comunidades. Pero en otras ocasiones me iba sin son ni ton. Así fue como fui a dar a Bocana de Puriscal, en busca de eslabones perdidos. En el camino para ese pueblo veo a un hombre trabajando en el campo y le pregunto si sabe si hay grupos indígenas en la región; me responde que sí, pero que había que caminar algún rato, y me preguntó para qué quería esa información. Yo le dije las razones y me dijo: "Vea, yo con gusto lo acompañaría, solo que hoy se casa una sobrina y tengo que ir a la boda. Si quiere, se queda en mi casa y mañana bajamos a donde están los indígenas." Accedí, y hasta fui invitado a la boda con todo y fiesta. Aunque no dejo de aceptar que me sentía como gallo en patio ajeno, sin vela en ese entierro, estaba muy contento; además, la familia de don Acuña resultó ser de una gentileza como la que caracteriza a los campesinos de las provincias del occidente del Valle Central.

Agrego aquí que noté que la convivencia entre indígenas y no indígenas en Bocana de Puriscal era diametralmente opuesta a la que viví en Zapatón de Puriscal: al contrario de esta, en aquella reinaba una admirable armonía entre ambos grupos, y un deseo de mantener relaciones humanas dignas de copiar.

Al siguiente día, bien temprano, nos levantamos con rumbo a Bocana Abajo, como llamaban a esa parte del lugar poblada por antiguos huetares. Tras caminar tamaño trecho por potreros y campos abiertos, de un momento a otro se tupió la vegetación y nos encontramos en una zona boscosa, a través de la cual había un trillo; continuamos por ese trillo y bajamos y bajamos. Súbitamente, como si nos trasladáramos al siglo XVI, aparece frente a mí una vivienda típica de las comunidades indígenas, llamadas ranchos en Costa Rica, con todas las características que conlleva ese tipo de viviendas: en medio de la vegetación, nada de jardines, paredes de varillas, techo de palma

(no recuerdo haber visto uno solo hecho de paja, al estilo de los borucas), hechos de un par de aposentos piso de tierra, con un fogón para la cocción de alimentos. Allí fuimos muy bien recibidos por don Expedito Masís y doña Ofelia Sánchez. Luego pasamos al rancho de don Domingo Quesada, donde lucía una tinaja de antaño, llena de osoro o chicha, además de calabazos o huacales, y una cama compuesta por un tablón. Llamaba la atención la limpieza y pulcritud que se respiraba y veía por cualquier rincón. Fue un verdadero placer para los cinco sentidos.

Con esta experiencia, se me metió en la cabeza que en el cantón de Acosta podría haber residuos de la cultura de los huetares. Y viendo la geografía del cantón, me dispuse a ir a Teruel de Acosta, para continuar por esos bajos a ver qué hallaba. Cuando llegué a Teruel, me hospedé en casa de Coqui Sánchez; le conté a lo que iba, y él habló con su suegro, quien me llevó a una loma y me mostró el paisaje al fondo, diciendo: “Vea, por aquí no hay ranchos.” Mmmm, me pensé, igual quiero bajar por allí. Y me despedí de la familia.

Eran ya alrededor de las 16 horas, y como era el mes de diciembre, oscurece algo más temprano que de costumbre, a lo cual empecé a caminar más rápidamente de lo acostumbrado. A pocos pasos de haber salido del poblado me topo con un hombre de unos 30 años, bien hecho, cuyos rasgos fisionómicos no me hacían titubear que podría ser de origen huetar. Le pregunté con cautela de dónde era y me dijo que de Bajo Pérez, y que él era de apellido Pérez. A lo cual le pregunté si sabía si por allí hacían canastos, y me dijo que sí, que continuara bajando, que no me podía perder. Seguí bajando, ya no había casas alrededor, pasé por una que parecía ser la última de la región, me dijeron que siguiera bajando, y seguí y seguí, ya no caminando rápidamente, sino trotando y trotando, hasta llegar al final del camino. Allí vi un pasamanos, me metí por ahí y, tal como en Bocana, empezó a tupirse la vegetación, bajé y bajé, y de pronto frente a mí un rancho indígena. Grité a ver si había alguien, nadie respondió, me asomé por la puerta y vi una pared llena de recipientes y calabazos, uno o dos de ellos hecho de caparazón de armadillo, mecates y algunos instrumentos de labranza. Vi a una mujer con una niña adentro, y me dijo que esperara, que pronto vendría el señor del rancho. Me senté, salí y al rato llegó el señor. Le conté en lo que andaba, y me mostró otros dos ranchos que estaban al otro lado de un riachuelo, sobre una loma. Me apresuré a verlos y fotografiarlos porque ya estaba oscureciendo. Pero cuando llegué al riachuelo, no conseguí ver la vereda porque la vegetación era ya bastante tupida; al rato oí un grito de alguien que me indicaba por dónde salir. Cuando llegué por donde estaba esta persona, le pregunté cómo supo que yo estaba ahí, y me dijo: “Yo lo vi meterse por la montañilla, y como vi que no salía, pensé que se había perdido.” Y así fue. Llegué a los ranchos, dos viviendas enormes, con algunas personas quienes me dijeron que podía regresar cuando quisiera. Y me pusieron de escolta a una parejita de niños para que me guiaran a través de la tupida vegetación hasta salir al camino. De ahí continué solo hasta Teruel, feliz como si el Niñito Dios me hubiera dado un regalo navideño, con el

propósito de decirle al señor de la casa donde habría de dormir, que estaba totalmente equivocado porque yo personalmente había visto ranchos y personas de clara ascendencia huetar.

**Región sur de la provincia de San José,
donde se concentra la mayor parte de la población de origen huetar de hoy**



En otra ocasión, cuando fui a San José de la Montaña, en busca de gente indígena, llegué, por casualidad y sin saber, a una casa donde fabricaban canastos y cestos, y la señora de la casa me afirmó que era de origen indígena de la zona, y que su padre era oriundo de allí, y hasta llegaban a entrevistarle debido a su origen autóctono.

Aproveché para preguntarle si sabía qué significaba *Porrosatí*, un río que pasa por allí, y sin dudar me dijo: Eso significa “la quebrada de Porrós”. Al preguntarle qué era *Porrós*, me dijo que se trataba de un nombre propio indígena. Y en efecto, el antropónimo figura bien documentado en los archivos coloniales (en su forma *Porrosporroz*)⁸. De esta manera, puede comprobar que *Porrosatí* era en su origen una frase nominal huetar compuesta de dos segmentos: el susodicho *Porrós* 'nombre propio', más *tí*, cuyo significado era 'riachuelo, quebrada'. Lo anterior me llevó a reconstruir dos asuntos lingüísticos, para lo cual se aplicó el criterio histórico-comparativo. Así, las lenguas chibchas del área (por ejemplo cabécar, bribri, boruca) tienen la estructura poseedor + poseído⁹, tal como estaba sucediendo con la frase *Porrosatí*. Y lo segundo, que la palabra para 'agua, río, quebrada' en huetar era *ti*, a todas luces emparentada con *ti* en guatuso, *di'* en bribri, *di'* en boruca y *si* en rama, todas con el mismo significado que en huetar. Quedaría sin explicar el segmento vocálico *-a-*; por el momento, se podría decir que se trata de una vocal ligativa. Pero si se quisiera ir más lejos, se podría proponer que se trata del posesivo 'su' de tercera persona, común a algunas lenguas chibchas en construcciones de este tipo, en cuyo caso diría 'Porrós su quebrada' (cfr. boruca *Pedro*

égui' ú 'Pedro su casa'). Para apoyarme en algún criterio, aplico el histórico-comparativo, ya que en las lenguas chibchas *pech*, *kuna* y *muisca* el pronombre de tercera persona, que también se emplea como posesivo, es el adyacente *a-* (cfr. Pinart 1890: 5; Holt 1999: 31; Quesada Pacheco, en prensa).

5. Para concluir

A fines del milenio pasado escribían Guevara & Chacón:

De los Huetares se conoce muy poco a pesar de la multitud de referencias que se hacen en los documentos. Los rasgos fundamentales de su cultura se perdieron para siempre como efecto de la dominación y la única evidencia lingüística conocida son unas pocas palabras que mencionan los documentos y algunos toponímicos y nombres de plantas y animales característicos de la región. Una pequeña población de la región de Puriscal (Quitirrisí y Zapatón), reivindica hoy en día su ascendencia Huetar, aunque el único rasgo netamente indio que mantiene, fuera del fenotípico, es la utilización de ciertas plantas para la confección de artesanías. (Guevara & Chacón 1992: 18).

Pues bien, después de tantas andanzas y recorridos, tanto desde el ángulo temporal mediante la revisión meticulosa de documentos procedentes de la época colonial, como del espacial, a través de las continuas visitas a las comunidades de origen huetar, la pregunta fundamental es, y seguirá siendo: ¿habrá valido la pena escuchar a los huetares “hablar dialecto pero en español”, y oír de ciertas personas palabras inconexas, fuera de toda veracidad científica? Yo digo que sí, por tres razones.

En primer lugar, porque pude comprobar que, contrario a lo que se dice en la bibliografía consultada de ese entonces, la cultura de los huetares no solo se había reducido a algunos trabajos artesanales, sino que también estaban vivas la tradición oral (leyendas de corte indígena), algunas costumbres respecto de la relación del ser humano con la naturaleza (comportamiento con los árboles, con los animales, con los ciclos estacionarios, etc.), la vida familiar (la mujer como centro de poder, lo cual recuerda las sociedades matriarcales) y, como si fuera poco, se mantenían varias palabras cuyo origen era muy probablemente la lengua ancestral, autóctona, como las siguientes:

arrí 'maíz tierno en la mazorca'

huispírrá 'pájaro pecho amarillo'

osoro 'chicha de maíz nuevo'

pisuringo 'diablo' (cuyo primer segmento, *pi-*, está en estrecha relación con *pisuicas*, del mismo significado)

purru 'trasero, asentaderas, nalga'

purrusqué 'lechuza'

más tantas otras palabras que nunca antes habían sido documentadas, y que de otra manera quizás se habrían perdido.

La segunda razón es que, al haber hallado palabras y compararlas con sus homólogas en las lenguas hermanas del huetar, más cercanas, pude constatar su parentesco, con lo cual las probabilidades de ser de origen huetar son muy altas. Algunas de esas palabras se describen a continuación:¹⁰

agua: muy probablemente se decía *ti*, ya que hay varios étimos cuyo significado tiene que ver con este líquido (*tiquí* 'calabaza para beber', *Porrosatí* 'la quebrada de Porrós', etc.). Además, guarda estrecha relación con palabras del mismo significado en lenguas como el guatuso (*ti*), el bribri (*di'*), el cabécar (*diglō*), el térraba (*dí*) y el boruca (*dí'*). Lo interesante de este hallazgo es que la palabra que indica *agua* en la sección oriental del Valle Central (Cartago y alrededores) no es *ti*, sino *chi*; en consecuencia, se puede inferir que había diferencias dialectales en la lengua huetar: *Chicuá* 'ojo de agua' (según tradición oral recogida entre los habitantes de San Juan de Chicué).

árbol: parece haberse dicho *cara* o *cra* en huetar, si nos atenemos a que la mazorca de pocos granos; es decir, que está o queda como un palo, se dice *cracrá* o *caracá*, y árbol se dice *córa* en guatuso, *kàl* en bribri, *kal* en cabécar, *c'or* en térraba, *cran* en boruca y *kri* en guaymí.

ardilla: recogí la palabra *cusuringo* para denominar una ardilla más pequeña de la común; pues bien, el segmento *cusu-* de dicha palabra guarda estrecha relación fonética y semántica con la palabra *kulha*, del guatuso, y que también significa 'ardilla'.

cacique: los españoles del siglo XVI dicen que *taque* o *taquen* significa en huetar 'señor de mando'; es decir, cacique. Esta palabra guarda gran parecido con la palabra guaymí *däkien*, y la del muisca (lengua de Colombia emparentada con el guaymí, hoy extinta) *saque*, del mismo significado.

casa: muy probablemente se decía *u*, ya que la tradición dice que *Cubuj-u-quí* significaba 'lugar de la casa de Cubuj'¹¹, donde Cubuj es un nombre indígena, *u* es 'casa' y *-quí* 'lugar'; siendo así, se observa un enorme parentesco con *ú-pala* en guatuso, *ú* en bribri, en boruca y en térraba, más *ju* en cabécar y en guaymí.

ceniza: la palabra *espurrú* 'cosa hecha polvo', recogida en las comunidades visitadas, parece estar emparentada, tanto en su forma como en su significado, con la palabra para ceniza en guatuso (*purú*), bribri (*murun*), cabécar (*munlintō*), térraba (*phrunsho*), boruca brún y guaymí (*ngübrün*).

guayaba: muy probablemente se decía *surá* en huetar, porque al árbol combretáceo *Terminalia lucida* se le conoce en el Valle Central como *guayabillo* o *surá*, palabra que muestra gran similitud con la palabra bribri *shuni*, que significa 'guayaba'.

hongo: hay un hongo comestible llamado en Bocana de Puriscal *utrús* o *jutrús*, el cual guarda gran similitud con la palabra *jötörö* del cabécar, de igual significado.

paloma morada: a esta paloma (*Columba flavirostris*) se le conoce en guatuso como *mulhtutucu* y en pech (lengua hondureña emparentada con el huetar y las lenguas mencionadas) como *tukuk*. A esa misma paloma, los habitantes del territorio indígena de Quitirrisí la conocen como *estucuca*.

residuo: se recogió la palabra *soró* con el significado de 'poso, sedimento, residuo', la cual muy probablemente está emparentada con el guatuso *lhoró* 'manteca de cacao' y el guaymí *ngwără* que significa tanto 'manteca de cacao' como 'residuo'. La relación que surge entre el concepto de 'manteca de cacao' y 'residuo' se da por medio de que cuando se pone a cocer el cacao, suelta su manteca, la cual se percibe como lo que queda del proceso de cocción.

En cuanto a la tercera razón, y tras estas andanzas, creo poder poner en entredicho, con relativa certeza, la teoría de acuerdo con la cual la lengua huetar no se perdió a principios del siglo XVIII, como se ha dicho y repetido hasta la fecha (Quesada Pacheco 1996: 110-111). Tengo dos argumentos a favor de que esta lengua se mantuviera viva por lo menos hasta finales del siglo XIX y quizás hasta inicios del siglo XX. El primer argumento es el testimonio de don Antonio Sánchez Rivera, de la comunidad de Polca de Puriscal, quien me contó que, siendo él un niño de unos siete años, escuchaba a las señoras mayores la frase *cu crá mam bu, machiti culata*, cuando se reunían a asar palomas y veían que se les quedaban las brasas pegadas a la piel del ave. Según la traducción de don Antonio, lo que ellas hacían, o decían, era contar el número de palomas que irían a coger la próxima vez que fueran a cazar basadas en el número de brasas adheridas. El segundo argumento es el que recogí durante la Semana Santa de 2013, en el Bajo del Plomo, cantón de Acosta. Allí, al preguntarle a una señora de unos setenta años avanzados si recordaba haber oído a los antepasados suyos hablar una lengua distinta de la suya, me contó que su abuelita no hablaba español, y que tenía una pronunciación muy diferente, ininteligible ("parecía inglés", dice la señora). De ser así, habría hablantes del huetar a inicios del siglo XX¹².

Lamentablemente, ni don Antonio ni la señora de El Plomo recordaban qué querían decir las ancianas a las que ellos se refirieron, ni don Antonio supo responder qué quería decir exactamente lo que oyó de niño¹³.

Ahora bien, se puede afirmar, siguiendo los testimonios de la época colonial, que esta lengua se extinguió a inicios del siglo XVIII, pero en los centros más urbanizados, como sucede con la muerte de tantas otras lenguas, las cuales son más golpeadas en las ciudades que en las áreas rurales. En consecuencia, el huetar pudo seguir viviendo entre las familias más alejadas y aisladas de los centros como Cartago, en la Colonia, y luego Alajuela, Heredia o San José, en la época independiente.

Considero de suma importancia poder compartir la información recopilada con las personas de origen huetar, para que sepan qué y cómo es lo que queda de su lengua ancestral y, si así quisieren, practicar esas palabras. De hecho, desde setiembre de 2013 estoy en contacto con don José Fabier Mena Mena, del territorio indígena de Quitirrisí, quien está aprendiendo las técnicas y los criterios selectivos para el reconocimiento de una voz o estructura de la lengua huetar, con el fin de transmitirlos a los miembros de su comunidad. Frente a este punto, considero de suma importancia concientizar a los miembros de dichas comunidades para que no caigan en manos del romanticismo ni de ideas vagas, o falsas, que no tienen ningún fundamento en lo que es la historia y la cultura de los huetares.

Como se dijo al inicio, queda la incógnita de dónde fue a escorar el catecismo y doctrina cristiana en lengua huetar de que nos dejaron testimonio fray Agustín de Cevallos y el gobernador Diego del Cubillo, de 1607 y 1617, respectivamente. ¿Se habrán escrito de verdad? Y de ser así, ¿dónde está? Esta pregunta queda abierta para futuras investigaciones, cuyo resultado, de ser positivo, llevará a uno de los más grandes descubrimientos de la historia de nuestro país, cual es, la documentación fehaciente de una lengua chibcha lamentablemente extinta, pero que otrora funcionara como lengua general, de comunicación interétnica, de gran parte del territorio conocido hoy como Costa Rica.

Todo lo anterior nos da a entender que la investigación en lenguas extintas tiene su sentido, sea para revelar y establecer lo que queda de una lengua, sea para determinar que ya no queda nada.

Notas

¹ Como acertadamente me explica don José Fabier Mena Mena, de la comunidad de Quitirrisí, los habitantes de las comunidades indígenas no manejan el concepto de indígena tal como se les conoce desde fuera de la comunidad. Esto me recuerda la multitud de comunidades del área que se denominan 'gente' (*maleku* entre los gustusos; *ngäbe* entre los guaymies), y a sus respectivas lenguas maternas con el nombre de "lengua de la gente" (*maleku lhaica* en guatuso, *ngäbere* en guaymí, etc.).

² A partir de las sucesivas oleadas de inmigrantes hispanohablantes, los grupos indígenas huetares de fines del siglo XVI en adelante se denominarían por sus respectivas comunidades: indios de Barva, indios de Aserrí, etc.

³ Después de esas fechas he seguido visitando a varias familias, ya en calidad de amigo. Es difícil, sino imposible, establecer un corte entre lo académico y lo afectivo.

⁴ Por lo menos, respecto del Archivo General de Indias, no se encontró nada en la serie Guatemala cuyos legajos van de 1562, época cuando inició la conquista española en el Valle Central de Costa Rica, hasta 1600, nada se halló.

⁵ Digo en algunos casos, porque está bien comprobado que no siempre existe una correspondencia total entre las palabras de las lenguas de una familia; las palabras se pierden o se sustituyen por otras. Por ejemplo, la palabra latina *domus* 'casa' sobrevive como palabra patrimonial únicamente en el sardo, porque las demás lenguas hermanas la sustituyeron por *casa*, que en sus orígenes significaba 'tinglado, cabaña'.

⁶ Ver <http://es.wikipedia.org/wiki/Musaceae#Ecolog.C3.ADA>.

⁷ Caso contrario, y digno de admirar, es que se nota en los borucas un renacer de la cultura textil, particularmente del algodón, que estaba ya casi perdida a mediados del siglo XX. Esta cultura ha crecido y se ha adaptado a las exigencias de la vida moderna.

⁸ Obviamente, aquí no importa si el personaje llamado *Porrozporroz*, también escrito *Perrozperroz*, era el mismo al que se refería la señora de San José de la Montaña; lo que importa es que está documentado tal como lo afirmó ella, fuera quien fuera don *Porrós*.

⁹ Al contrario del español, donde primero se coloca lo poseído, luego la preposición *de*, y por último el poseedor: *Quebrada de Porrós*.

¹⁰ Se mantiene, en la medida de las posibilidades, la escritura de los alfabetos prácticos de cada lengua.

¹¹ Ver Thiel (1882: 160-162) y Quesada Pacheco (1996: 160).

¹² También se me dijo que don Cruz Mena, de la comunidad de Quitirrisí, quien murió siendo un hombre centenario a principios de la década de 1990, hablaba huetar. Yo fui a Quitirrisí con el fin de corroborar el dato, pero desgraciadamente don Cruz había muerto hacía escasos meses. Pregunté a doña Sofía Parra Hernández, quien lo conoció, y me aseguró que él "hablaba como nosotros." Entonces dije yo: "Si es así, que descanse en paz."

¹³ En unas encuestas levantadas por el investigador Juan de Dios Ramírez en los territorios indígenas de Quitirrisí y Zapatón, durante la década de 1990, para la recolección de datos de la cultura e idioma huetar, una de las preguntas que les hicieron a los escolares fue si recordaban alguna frase de la lengua de sus ancestros, y en varios cuestionarios leí que contestaron con que *buruatu* era el saludo que se daban los mayores. Años después fui a la comunidad de Zapatón y aproveché para preguntar a las familias del lugar si reconocían el término, pero nadie me dio razón. Absolutamente nadie de los adultos consultados. ¿Cómo se explica que, en el término de solamente algunos años, se olvidara un término? Hablando con don José Fabier Mena Mena, él me contó que fue testigo, estando en la escuela de Quitirrisí, de una de estas entrevistas, y entre los mismos escolares se ponían a inventar respuestas, en vista de que no recordaban mayor cosa de la cultura ancestral. Pues bien, algo similar pudo haber sucedido en Zapatón, y los escolares inventaron el término ante la presión de la encuesta.

Bibliografía

- Archivo General de Indias, Sevilla: Serie Guatemala, número 181. Manuscrito.
- Constenla, Adolfo. 1984. “El huetar: observaciones sobre los materiales disponibles para su estudio y sobre las hipótesis en torno a sus afinidades lingüísticas.” *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* X, N° 2; 3-18.
- Constenla, Adolfo. 1991. *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Fernández Bonilla, León. 1881-1907. *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*. 10 tomos. Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso; París: Imprenta Pablo Dupont.
- Fernández Bonilla, León. 1976. *Indios, reducciones y el cacao*. San José: Editorial Costa Rica. Biblioteca Patria.
- Guevara, Marcos; Chacón, Rubén. 1992. *Territorios indios de Costa Rica: orígenes, situación actual y perspectivas*. San José: García Hermanos.
- Lehmann, Walter. 1908. *Tagebuch Costa Rica*. Manuscrito número Cost ge 1. Berlín: Instituto Iberoamericano.
- Lehmann, Walter. 1920. *Zentral-Amerika. Teil I. Die Sprachen Zentral- Amerikas in ihren Beziehungen zueinander sowie zu Süd-Amerika und Mexiko*. 2 tomos. Berlín: Verlag Dietrich Reimer, 1920.
- Pinart, Alphonse Louis. 1890. *Vocabulario castellano-cuna*. Panamá 1882-1884. París: Ernest Leroux.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 1990. “La lengua huetar”. *Estudios de Lingüística Chibcha* [Universidad de Costa Rica] IX: 7-64.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel (1992): “Posición del huetar entre las lenguas chibchas”. *Estudios de Lingüística Chibcha* [Universidad de Costa Rica] XI: 71-100.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 1996. *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Cartago: Editorial Tecnológica.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel (en prensa). “Esbozo gramatical de la lengua muisca”. *Estudios de Lingüística Chibcha* [Universidad de Costa Rica].
- Ramírez Gatjens, Juan de Dios. 1996. *Comunidad indígena huetar: Cuentos y leyendas quitirriseñas*. Heredia: EFUNA.
- Thiel, Bernardo Augusto. 1882. *Apuntes lexicográficos de las lenguas y dialectos de los indios de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional.
- Vázquez de Coronado, Juan. 1964. *Cartas de relación sobre la provincia de Costa Rica, San José*: Academia de Geografía e Historia.

Anexos

**Anexo 1. Frecuencia de grafías de los datos del siglo XVI,
en comparación con los de la actualidad (visión aproximada)**

Nombres huetares comprobados, del siglo XVI			Palabras de muy probable origen huetares		
Letra	Apariciones	Porcentajes	Letra	Apariciones	Porcentaje
<i>a</i>	599	18,2	<i>a</i>	210	14,0
<i>i</i>	364	11,0	<i>u</i>	170	11,4
<i>u</i>	297	9,0	<i>o</i>	154	10,3
<i>c</i>	259	7,9	<i>i</i>	141	9,4
<i>ç</i> ¹⁴	32	1,0	<i>c</i>	136	9,1
<i>o</i>	258	7,8	<i>r</i>	108	7,2
<i>r</i>	248	7,5	<i>s</i>	107	7,1
<i>e</i>	178	5,4	<i>t</i>	85	5,7
<i>t</i>	166	5,0	<i>rr</i>	72	4,8
<i>b</i>	142	4,3	<i>e</i>	66	4,4
<i>rr</i>	120	3,6	<i>p</i>	62	4,1
<i>s</i>	101	3,1	<i>b</i>	44	2,9
<i>p</i>	94	2,9	<i>ch</i>	43	2,9
<i>q</i>	92	2,8	<i>j</i>	25	1,7
<i>y</i>	80	2,4	<i>y</i>	14	0,9
<i>v</i>	65	2,0	<i>g(u)</i>	13	0,9
<i>ch</i>	53	1,6	<i>n</i>	13	0,9
<i>x</i>	44	1,3	<i>q(u)</i>	13	0,9
<i>z</i>	34	1,0	<i>g</i>	7	0,5
<i>g</i>	21	0,6	<i>m</i>	6	0,4
<i>n</i>	15	0,5	<i>l</i>	5	0,3
<i>m</i>	11	0,3	<i>x</i>	2	0,1
<i>j</i>	9	0,3	<i>d</i>	1	0,1
<i>l</i>	5	0,2	<i>f</i>	0	0
<i>d</i>	4	0,1	<i>h</i>	0	0
<i>h</i>	3	0,1	<i>k</i>	0	0
<i>ll</i>	1	0	<i>ll</i>	0	0
<i>f</i>	0	0	<i>ñ</i>	0	0
<i>k</i>	0	0	<i>v</i>	0	0
<i>ñ</i>	0	0	<i>w</i>	0	0
<i>w</i>	0	0	<i>z</i>	0	0
TOTAL	3295	100	TOTAL	1497	100

Fuente: Miguel Ángel Quesada Pacheco

Diseño: José Fabier Mena Mena y Miguel Ángel Quesada Pacheco

**Anexo 2. Probable estructura consonántica de la lengua huetar
(representación según el alfabeto práctico español del siglo XVI)**

		Oclusivas	Alveolares	Palatales	Velares	Glotal
Labiales	sorda	p	t		c, qu	h
	sonora	b, v				
Fricativas	sorda		s, ç, ce, ci	x ¹⁵		
	sonora			y		
Africadas	sorda			ch		
	sonora			y, ge, gi		
Nasales	sonora	m	n			
Laterales	sonora		(l)			
Percusiva	sonora		r ¹⁶			
Vibrante	sonora		rr			
Semivocales	sonora		ia, ie, io, iu		u, v, ua, ue, gua, gue	

Notas

¹⁴ Para efectos de lectura, la letra <ç> equivale a /s/.

¹⁵ En el siglo XIV, la letra <x> se usaba para representar dicho sonido.

¹⁶ Alterna en algunos casos con <d> (*Corrirava ~ Curridabat*)



